



Homilía

Peregrinación mariana Hermanos de La Salle. Día del Domund.

El Puerto de Santa María, Jueves 24 de octubre de 2010

Querido D. Diego, Párroco de esta Iglesia Mayor Prioral; Hermanos sacerdotes; Miembros de la Corporación Municipal; Hermano Visitador de los Hermanos de La Salle; Hermana mayor de la Hermandad de la Esclavitud de Nuestra Señora de los Milagros; Queridos todos en el Señor.

Para mí es una alegría compartir con vosotros esta Eucaristía en la 39ª peregrinación Mariana de vuestra Congregación. Mi felicitación a la comunidad lasaliana del Colegio Santa Natalia del Puerto que la organiza. Y mi saludo y bienvenida a los miembros de las comunidades educativas de todos los colegios lasalianos de Andalucía.

No por casualidad celebramos hoy también la jornada del **Domund** con el lema **“Queremos ver a Jesús”**. Ese es el grito de tantos jóvenes que llaman a las puertas de los colegios de La Salle; y, como tal, la gran responsabilidad que tenemos como educadores.

Pues bien, teniendo como fondo ese lema me vais a permitir dar una pincelada sobre vuestra misión educativa en estos tiempos difíciles, en los que en nuestro país se aprueba, en nombre de la moral del consenso, una legislación que rompe con el humanismo cristiano; o mejor, con el humanismo racional hasta ahora vigente, y que deja a nuestros jóvenes sometidos a la dictadura del relativismo, que exalta una libertad sin responsabilidad, cimentada en los deseos y en el placer y manipulada por los grandes medios de comunicación.

No cabe duda que estamos ante un reto importante. Ante esta realidad, presente también en otros lugares de Europa, el Santo Padre ha hablado de una verdadera **“emergencia educativa”** (cf. Discurso a la CEI 29-V-2008). Pues bien, siguiendo sus orientaciones subrayaremos unas breves pautas que os ayuden a afrontar vuestra misión como educadores cristianos.

1.- Lo primero a tener en cuenta -afirmaba Benedicto XVI en su discurso al mundo de la educación, en su reciente viaje a Inglaterra-, es que

“.. la tarea de un maestro no es sencillamente comunicar información o proporcionar capacitación en unas habilidades orientadas al beneficio económico de la sociedad; la educación no es y nunca debe considerarse como algo meramente utilitario. Se trata de la formación de la persona humana, preparándola para vivir en plenitud. En una palabra, se trata de impartir sabiduría”. (Cf. 17-IX-2010).

Por tanto, hay que saber transmitir esa sabiduría. El Evangelio de hoy nos la muestra encarnada en la oración y la actitud del publicano: la humildad del hombre ante Dios.

Esa es la sabiduría que falta en un mundo que se fundamenta en una antropología atea, que no sólo niega al Creador, sino que además reivindica la negación de Dios como algo imprescindible para que el hombre pueda realizarse y alcanzar su plenitud. Un mundo materialista en el que el ser humano viene concebido como un individuo que tiene como centro el cuerpo, y éste, considerado exclusivamente como fuente del deseo, de las pulsiones y, sobre todo, como templo del placer.

Ante ese mundo no podemos callar. Debemos mostrar que la sabiduría está en la verdad que -como decía Santa Teresa-, es la humildad. Estáis llamados, como profesores católicos, a ser imaginativos para formar a vuestros jóvenes en esta verdad del hombre, luchando contra el neopositivismo y profundizando en el conocimiento del amor, que los ayude a descubrir las maravillas de toda la realidad y a crecer en una visión

sapiencial de la vida, que es inseparable del conocimiento del Creador, porque **«en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras y toda la prudencia y destreza de nuestras obras»** (Sab 7,16).

2.- El segundo elemento a tener en cuenta es la necesidad de que

“.. el **“ethos católico”** resplandezca en todos los aspectos de la vida escolar. Esto va más allá de la evidente exigencia de que el contenido de la enseñanza concuerde siempre con la doctrina de la Iglesia. Se trata de que la vida de fe sea la fuerza impulsora de toda actividad escolar, para que la misión de la Iglesia se desarrolle con eficacia, y los jóvenes puedan descubrir la alegría de participar en **“el ser para los demás”**, propio de Cristo (cf. Spe Salvi, 28) (ibíd.).

Para profundizar en estas palabras del Santo Padre a los educadores en dicha visita pastoral al Reino Unido, se presta bien el evangelio que hemos proclamado, que nos narra la parábola del fariseo y del publicano cuando van al templo a orar. En él vemos dos actitudes, dos formas de comportarse ante Dios y ante los demás.

Acomodándolas a nuestro momento actual, podríamos decir que una consiste en reducir el ser católico a “lo políticamente correcto”; es decir, limitar el cristianismo a un cumplimiento y a un adecuar la vida cristiana a lo que la dictadura del materialismo determina que hay que hacer.

Ese matiz está presente en la postura del fariseo: expone al Señor todos los actos de justicia (de **“su”** justicia) que cumple regularmente. Él está delante del Señor pero en realidad no deja de mirarse a sí mismo. El fariseo no pide nada porque no tiene necesidad de nada. Hace todo por sí mismo. No tiene necesidad de Dios porque cumple todas las leyes que, él mismo con el consenso mayoritario, ha determinado para alcanzar la plenitud. No cuenta con Dios, ni lógicamente con nadie, pues todos merecen ante él un juicio de menosprecio y condenación.

Otra actitud, distinta y por contraste, es la del publicano, de la cual brota la humildad. El Publicano no tiene méritos que exhibir ante el Señor. Reconoce su realidad de pecador. Él se ve a la luz de Dios y se descubre como un hombre en deuda, necesitado; necesita a Dios y, sobre todo, su perdón, su amor y su misericordia.

Ante esos dos personajes, es importante destacar que en verdad Jesús lo que quiere enseñar no es cómo debemos estar en la presencia de Dios, sino cómo debe ser **“nuestra relación con los demás”**. En ese sentido, el publicano tiene conciencia de que necesita el don de Dios, de su amor para poder aprender a amar como Él. Viendo el comportamiento de Dios con él, intentará reproducirlo en su relación con el prójimo: **“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”**. La gracia recibida lo hace capaz de realizar el bien con los demás.

De aquí se deriva que el educador debe ser una persona que tenga claro que el ethos católico no consiste en un mero cumplimiento de normas, sino que responde a un encuentro personal con un **“Dios rico en misericordia”** (Cf. Éx 34, 6s). Son necesarios educadores que hagan resplandecer a Dios, que tengan una intimidad con el Señor y que vivan el seguimiento de Jesús como un conformarse con Él y estar abierto a su gracia.

Que sean conscientes de la dificultad de seguir al Señor en estos tiempos difíciles; para lo cual hay que estar dispuestos a vivir hasta el fondo la propia vocación cristiana, que requiere la capacidad de elecciones radicales, el coraje de ir contracorriente y el empeño en una lucha permanente contra la mediocridad que siempre nos acecha.

No consiste en tratar de ser un “superman” capaz de observar sin dificultad las exigencias de la moral cristiana..., sino en mostrar que con la ayuda del Espíritu es posible vivir dichas exigencias. Es hacer ver que merece la pena apostar por esta aventura espiritual que, única en su género, no decepciona.

Ser seguidores de Cristo implica tener un gran sentido de **“pertenencia eclesial”**, de una pertenencia que marca la vida. Juan Pablo II –de feliz memoria- recogía esta idea en su Carta Apostólica **“Novo Millennio Ineunte”**, en la cual hacía una **“llamada a la santidad”** para poder afrontar el reto de la cultura actual. Para ello subrayaba la necesidad de la oración, la escucha de la Palabra y la participación en los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación. Es decir, vivir las riquezas espirituales encerradas en el Bautismo y ser testigos de que seguir a Cristo, sirviendo a los hermanos, es posible y hace feliz.

Queridos lasalianos, hermanos y hermanas: ser educadores cristianos significa ser portadores en el mundo de una energía divina asombrosa al servicio de una sagrada misión.

Ante esta tarea tan estupenda que se nos repropone hoy, iluminada por el lema de la Jornada Misionera (**“Queremos ver a Jesús”**), como una aspiración de la juventud a la cual –como guías cristianos y espirituales- debéis dar una respuesta en todo lo que abarca el ámbito de la enseñanza y la educación... Y siendo conscientes de las dificultades que tenemos que afrontar para llevarla a cabo, nada mejor que acudir y pedir la protección de Nuestra Madre la **Santísima Virgen de los Milagros**.

Hasta Ella habéis venido en peregrinación. **“Muéstranos a Jesús”**, le pedimos todos en nombre de tantos jóvenes, presentes hoy aquí y tantos que os esperan fuera... y necesitan encontrarse con el Señor.

Que Ella os ayude en la **“misión”** para que, como San Pablo, podáis superar noblemente el **“buen combate de la fe”** (cf. 1 Tim 6, 12; 2 Tim 4,7) como verdaderos maestros de **“sabiduría”** y educadores católicos.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez

En un mundo en que se sustituye la naturaleza por la construcción social y cultural.